

NUEVOS EJEMPLARES DEL AJUAR DOMÉSTICO NAZARÍ

RECIENTEMENTE apareció en la escombrera sobre que está formada la plaza de los Aljibes, en la Alhambra, al pie de una pieza de cerámica dorada (fig. 1) que tiene por base reducidísimo platillo, más bien simple reborde, sobre el cual se levanta el cuerpo troncocónico, casi cilíndrico, de un cenicero, con boca triangular abajo y parrilla a la altura del arranque de otro cuerpo, que se abre hacia arriba como una copa y del que sólo queda parte de la zona inferior. Entre la línea más rígida del cenicero y la curva del recipiente que asciende desde la parrilla, resalta en la cara externa, casi imperceptiblemente, un levisimo perfil convexo, como delgada anilla, subrayado por una faja azul de la decoración, que parece destacar, como el nudo en otras piezas, la transición entre el pie y el cuerpo.

Lo que nos queda sobre la parte alta del cenicero parece iniciar, según se ha dicho, una forma semiesférica, con tendencia a cónica, como de fondo de copa, con dos asas, de las cuales sólo queda la inserción del extremo inferior de una de ellas. A cada lado y a la misma altura del arranque del asa, abrieron en blando sendas perforaciones cilíndricas que penetran en el interior, poco más arriba de la parrilla, la cual se reduce a una tira perpendicular al eje de las asas, por lo que, a cada lado de esta tira o parrilla, quedan como respiraderos las perforaciones dichas, que facilitarían mucho la combustión.

El vidrio no se conserva bien y el dorado, como es frecuente, se ha perdido. El interior está vidriado sólo en blanco, con restos de una de-

decoración somera de hojitas azules. Exteriormente, a cada lado del cuerpo, entre las asas, conserva decoración azul sobre fondo blanco formada por líneas y puntos dentro de dos rectángulos y por fajas horizontales en la parte inferior. Mide: Alt. 0,060 m., diám. 0,078 m.

Esta pieza, a pesar de hallarse tan incompleta, sugirió ciertas analogías con otro fragmento conservado de antiguo en el Museo de la Alhambra bajo el n.º 1223 (fig. 2). Es también de cerámica dorada y decoración azul, sobre fondo blanco, por dentro. Su forma no se asemejaba a la de ningún otro objeto o fragmento conocido, ni parecía convenir la disposición de las asas y el borde conservado con la correcta posición del objeto, atestiguada por el escudo nazari que ocupa el centro de la decoración. A cada lado de la inserción inferior de las asas tiene perforaciones idénticas a las antes descritas, que hacían más inexplicable la pieza, como tampoco era entonces expresivo el extremo de tira de la parrilla, que es lo único que le queda como testimonio de ella. Conserva también algo del cuerpo inferior o cenicero, un poco más cilíndrico que el del fragmento anterior. Mide: Alt. 0,059 m., diám. 0,128 m.

Una tercera pieza, también del Museo Arqueológico de la Alhambra, puede relacionarse con ellas. Había despertado interés desde antiguo, pero no estaba publicada. Es un fragmento de tapadera de cerámica dorada con decoración azul de atauriques enmarcados en rectángulos, sobre fondo blanco y vidriada sólo en blanco en el interior (fig. 3). El vidrio está mejor conservado, aunque el oro también ha desaparecido. Tiene forma de media naranja, muy aplanada, con botón central para cogerla y varias perforaciones que parecen obedecer a una distribución determinada. Mide: Long. 0,086 m., lat. 0,085 m.

Podía sospecharse, a la vista de estos fragmentos, la existencia de otros no identificados como correspondientes a objetos semejantes. En vista de ello, don Julián Sebastián Lumbreras revisó toda la extensa colección de fragmentos de cerámica dorada de los almacenes del Museo y ha identificado hasta ahora tres fragmentos de borde que tienen perfil muy característico, no repetido en otras piezas. Uno de ellos (fig. 3) hermana perfectamente con la tapadera acabada de reseñar, tanto por el ajuste de ésta a la pestaña del fragmento, como por diámetro y color. Otro (fig. 4-1) comprende, a más del borde, parte del cuerpo del quemador, cuya línea coincide muy aproximadamente con la del fragmento núm. 1.223, ya descrito. A otro (fig. 4-2) le quedan restos del oro. Dos de ellos tienen una línea azul en el interior de la pestaña y los tres con-

servan bien el vidrio de fondo blanco, liso al interior y decorado de azul en la cara interna.

Por forma, dimensiones y tono de color, los seis fragmentos citados pertenecen a cinco ejemplares diferentes de un mismo modelo o tipo de objeto, aunque ninguno de los fragmentos permite reconstruir por sí solo el contorno de una pieza completa. En tres de ellos pueden apreciarse modalidades propias de originales diferentes, lo que no impide, con los datos que nos proporciona cada uno de los seis fragmentos, formar idea muy aproximada de las características generales del tipo. Todos, aun el primero descrito, que es inferior en calidad a los restantes, acusan haber sido piezas finas, de barro esmeradamente preparado y torneado, con poco grosor de paredes, que oscila entre tres y cuatro milímetros.

Si tenemos en cuenta aquellas perforaciones situadas un poco más altas que la parrilla, así como el cenicero, no ofrece duda que obedecen al deseo de activar una combustión y de recoger sus residuos. La tapadera perforada sugiere a su vez las cubiertas de incensarios, pero el vidrio interior y exterior, parece que no ha de darle a la pieza la consistencia suficiente para contener ascuas, aunque podría tolerar el calor que desarrolla el quemado de un pebete, que no puede ser nunca tan elevado como el de las brasas.

Si son fragmentos de pebeteros, éstos ofrecerían la particularidad de unir al tipo de pebetero esférico la base de un cenicero como el de los anafres. Podrían llevarnos a considerarlos como anafres de juguete las pequeñas dimensiones que para las piezas atestiguan cuatro de los fragmentos reseñados. Claro es que la tapadera no sólo resulta contradictoria con la función del anafre, sino que supone para la pieza que tapara una dimensión demasiado pequeña para hornillo, grande para juguete, y en cambio proporcionada para pebetero, según lo que de ellos sabemos. Además, el borde o pestaña en que encaja la tapadera parece estar hecho sólo para esto y ser demasiado frágil para soportar los roces y las cargas de los recipientes que se colocan sobre los hornillos.

Creo que son piezas demasiado finas para interpretarlas como simple juguetería popular, y el escudo de los reyes nazaríes, que hemos visto en uno de los fragmentos, tal vez sea indicio de su importancia. Además, por la calidad de la decoración azul que conserva, podemos suponer a la decoración dorada desaparecida unas mismas características de finura y esmero, a las que se prestaban lo reducido de las dimensiones y un posible servicio de lujo, en manos delicadas.

Es posible que no fuera este modelo de quemador el único usado en Granada en la época nazarí, ni estarían del todo desechados entonces otros quemadores más antiguos, braserillos o pebeteros, ya de azófar o de cobre, o tal vez también de cerámica.

No dejaba de ser extraño la falta de estos perfumadores en la Alhambra, porque no concebimos la vida oriental sin aromas escogidos, cuya selección no siempre aceptarían los gustos actuales, ni imaginamos sin perfumes cualquier ámbito donde la cultura islámica penetre, ya que el perfume no puede estar ausente de su mundo cotidiano. Caracteriza a las personas en lugares como los baños o la peregrinación, donde pierden su identidad, por desnudez o igualdad de inumento litúrgico, e impide esconder la personalidad a los que ocultan el rostro o se despojan de los vestidos o de las joyas habituales.

El perfume entre los orientales identifica las cosas tanto como la visión o el tacto. Con él se expresa lejanía o proximidad y, en fin, son abundantísimas las comparaciones metafóricas de perfumes. Por eso, especialmente en la poesía, podemos espigar numerosos testimonios de la variada técnica de perfumar con flores y frutos fragantes, con plantas verdes o secas, con esencias y resinas ¹.

Resulta, sin embargo, incongruente que predomine el sahumerio entre los diversos sistemas de aromatizar, ya que ni el fuego, aun siendo poco, era apetecible en una cultura desenvuelta por lo general en climas cálidos y secos, ni el humo era tolerable para la sensibilidad tan refinada, no sólo del cortesano, sino aun del hombre medio musulmán de España. Por esta razón sin duda, el erudito 'Abd al-'Aziz, para quien el sahumerio no podía ser espectáculo desacostumbrado, hace como que se extraña y nos lo presenta como una paradoja, en su poesía a un quemador de perfumes:

Es la primera vez que veo un fuego que, en cuanto
se enciende su brasa, hace creer a los contertulios
que están en el paraíso eterno ².

En la complicada y exquisita técnica que poseían para halago de los sentidos, estos quemadores no eran el único sistema de perfumar y has-

1.—Cf. H. Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI siècle* (Paris, 1937), pp. 311-315.

2. Cf. E. García Gómez, *El Libro de las Banderas de los campeones, de Ibn Sa'íd al-Magribi* (Madrid, 1942), p. 143.

ta es posible que a veces resultaran fastidiosos por reiterados y que no se les echara de menos, como ocurre, por ejemplo, cuando el magnate Ibn Abī Rūh nos describe una escena de amor el aire libre, junto al Río de la Miel, en la que parece exaltar, frente a la atmósfera cargada de humos perfumados y de esencias, la fragancia de la naturaleza, en la cual:

Las flores, sin fuego ni pebetero,
nos brindaban el aroma del áloe ³.

No obstante, el sahumerio no sólo era habitual, sino que alcanzaba calidad de lujo y distinción. El mayor poeta de los árabes, Mutanabbi, lo evoca entre las cosas escogidas con que alaba a Siria como el lugar más exquisito y acogedor del mundo. En Damasco es posible encontrar un hombre espléndido

que enciende en honor de su huésped fuegos
de sándalo, de aromática humareda ⁴.

Ya no merodean por las estancias de la Alhambra aromáticas humaredas como aquellas de Damasco, pero Ibn Zarak, el poeta y ministro de Muhammad V, que la vivió, describe así la sala de un palacio:

Arde allí el incienso, como si su humo formase
escuadrones de nubes en una atmósfera entoldada ⁵.

Los artistas románticos y sus seguidores no podían imaginarse de otra forma, aunque sólo fuera por mera intuición, el ambiente de cualquier escena oriental. Pero entre ellos, el entusiasmo por los temas orientales, con tanta frecuencia meramente fantástico, les permitía llenar vacíos de su ignorancia con anacronismos pintorescos y audaces invenciones.

Es posible que de estas densas humaredas de perfumes en que se envolvía la vida nazarí tuvieran noticias ciertas, pero se inventaron los quemadores, porque no conocíamos ninguno de los que impregnaban los amplios salones de la Alhambra o el íntimo rincón de un palacete.

3. Cf. *Ibidem*, p. 154.

4. Cf. E. García Gómez, *Mutanabbi. El mayor poeta de los árabes* (915-965), en *Cinco poetas musulmanes*. N.º 513 de Col. Austral (1944), p. 60.

5. Cf. E. García Gómez, *Ibn-Zamrak, el poeta de la Alhambra*. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia (1943), p. 64.

Los más escrupulosos se inspiraron en modelos, españoles u orientales, de siglos anteriores, y es verosímil que acertaran, porque en el ambiente de eclecticismo artístico que rodea a la corte de Muhammad V, semejantes anacronismos son conocidos y no desentonarían.

Conocieron los musulmanes dos sistemas de hacer arder los perfumes: quemarlos en braseros sobre ascuas, o requemar pastas o pebetes, preparados generalmente con residuos de maderas olorosas, los cuales, prendidos, arden sin brasas en el pebetero.

Las formas de los braserillos de perfume y de los pebeteros se perpetuarían a través de la cultura islámica, con ligeras variantes que afectan, más que a las formas, al gusto decorativo y a las posibilidades técnicas de cada época. Por eso no es extraño que Cha'far ibn Utmān al-Mushafī (m. 982), al describir un membrillo, nos evoque el precioso pebetero esférico, de cobre, con anilla de suspensión, que se conserva en el British Museum ⁶, no obstante ser esta pieza casi tres siglos más moderna que la poesía.

Cuando se irguió fragante en la rama
y las hojas le habían tejido mantos de brocado,
extendí mi mano suavemente para cogerlo
y colocarlo como pebetero en el centro de mi sala ⁷.

La fecha labrada entre la decoración del pebetero, como un adorno más, es casi contemporánea del esplendor granadino y, aunque egipcio, pudo muy bien sugerir aquí tipos semejantes y aun traerse a España otros análogos, con algunos objetos de Siria y Egipto, de los que se encontraron fragmentos en las excavaciones de la Alhambra.

De estas interpretaciones no conozco testimonio cierto, ni hasta ahora han aparecido en la Alhambra formas semejantes, ni de otros tipos de pebeteros o de braseros orientales de perfume. De procedencia granadina es, por ejemplo, un braserillo de metal, cilíndrico, con tres patas y tapadera calada, que posee el Instituto de Valencia de D. Juan, en Madrid, pero antiguo, dentro del estilo califal ⁸.

6. Cf. Migeon, *Manuel d'Art Musulman. Arts plastiques et industriels* (Paris, 1927), t. II, p. 70, fig. 249.

7. Cf. E. García Gómez, *Poemas arábigo andaluces* (Madrid, 1930), p. 67, y n.º 162 de la Col. Austral (Madrid, 1940), p. 105.

8. Cf. M. Gómez Moreno, *Arte árabe español hasta los Almohades*, t. III de *Ars Hispaniae*, p. 335 y fig. 395 ^a.

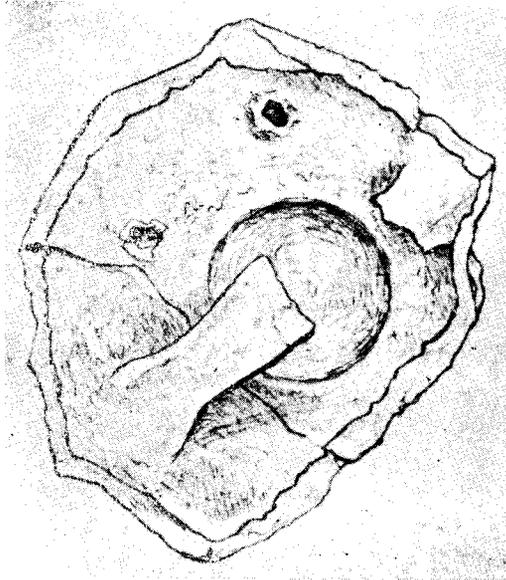
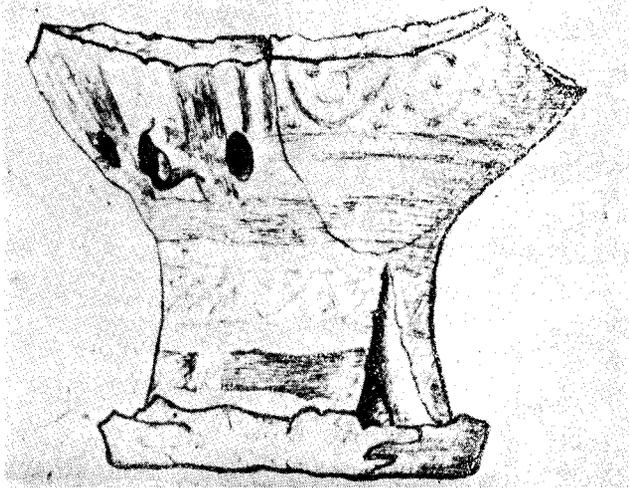


Figura 1

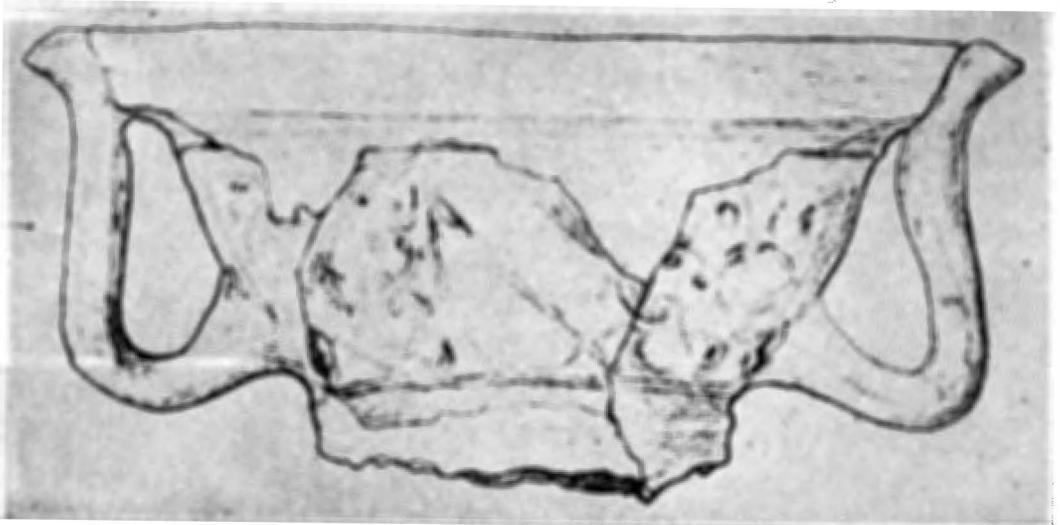
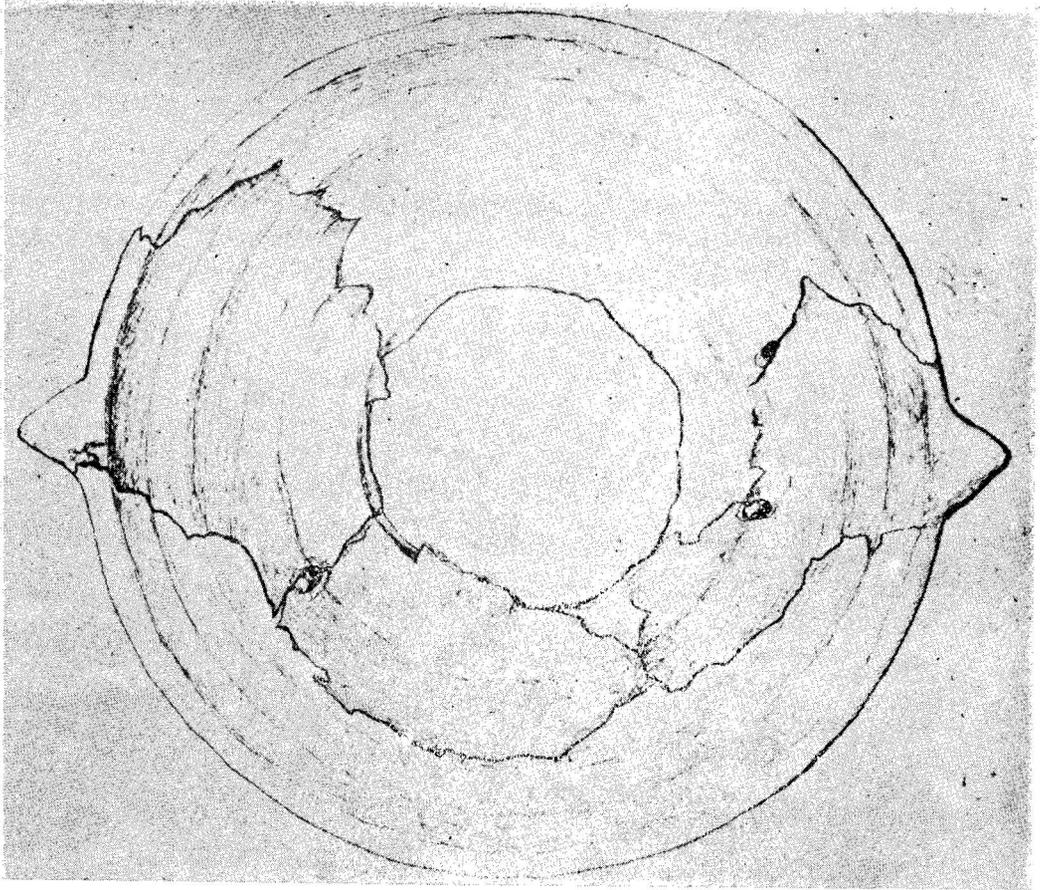


Figura 2

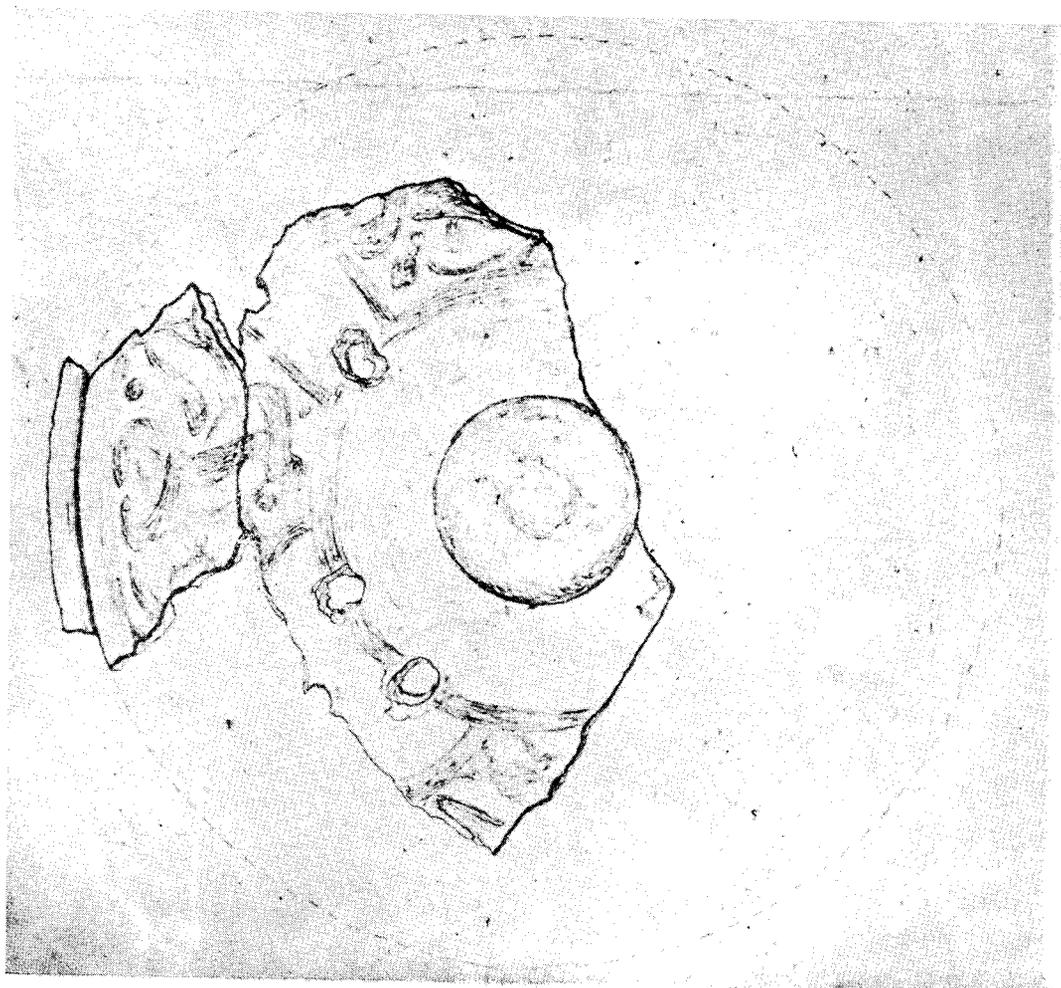
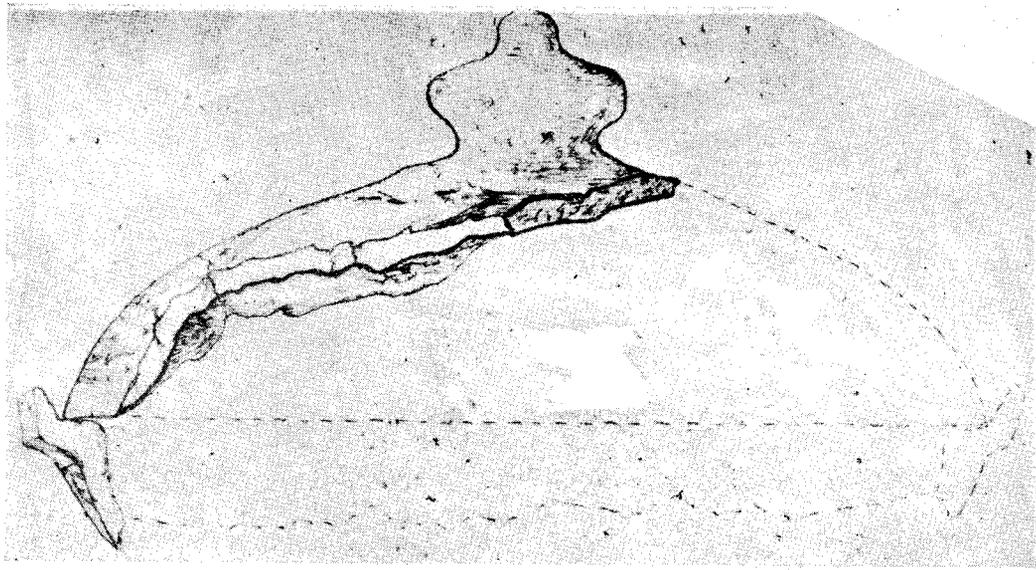


Figura 3

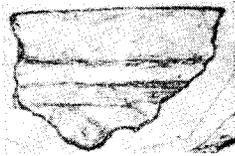
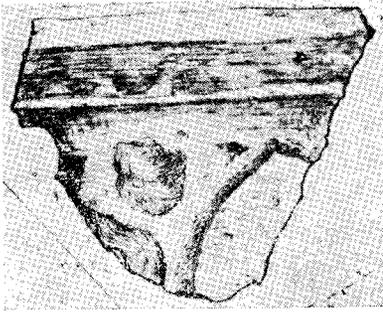


Figura 4

Por eso, estos pocos fragmentos relacionados ahora entre sí, por el hallazgo reciente de uno de ellos, e identificados como procedentes de ejemplares diversos de un mismo objeto, tiene el interés de abrir la posibilidad de nueva interpretación para otras piezas, con las que poder llenar un vacío de los muchos en que se nos evade la vida musulmana de la Alhambra.

Jesús Bermúdez